

Georges Nivat

El fenómeno Solzhenitsyn

Traducción de
Laura Claravall

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2023

Título original: *Le phénomène Soljénitsyne*

© Librairie Arthème Fayard, 2009 y nueva edición, 2018

© de la traducción: Laura Claravall, 2023

© de esta edición **Ediciones del Subsuelo, S.L.U., 2023**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-126572-3-4

Depósito legal: B 17978-2023

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

Prólogo del autor	11
Referencias	23
El grito y la avalancha	73
Polémicas	85
Los continentes de lo real	111
Las piedras angulares	147
El luchador	177
Atleta de Dios	195
Escribir ruso	231
Ser ruso	255
Desde la otra orilla	289
Un fracaso genial	301
Mesianismo ruso, mesianismo judío	355
Solzhenitsyn, juez de la literatura rusa	377
Los inicios y los frutos tardíos	395
El luchador se ha ido... (Epílogo)	407
<i>Anexos</i>	
Bibliografía	415
Índice onomástico	427
Índice de obras	439

Nota de la traductora

Obras consultadas para esta traducción:

- Agosto 1914*, trans. José Luis Entralgo y Luis Abollado Vargas, Barcelona, Barral Editores, 1971.
- Archipiélago Gulag I*, trans. Enrique Fernández Vernet y Josep M^a Güell, Barcelona, Tusquets, 2005.
- Archipiélago Gulag II*, trad. Josep M^a Güell, Barcelona, Tusquets, 2005.
- Archipiélago Gulag III*, trad. Josep M^a Güell, Barcelona, Tusquets, 2007.
- El primer círculo*, trad. Josep M^a Güell, Barcelona, Tusquets, 1992.
- El «problema ruso» al final del siglo XX*, trad. Enrique Fernández Vernet, Barcelona, Tusquets, 1995.
- La casa de Matriona*, seguido de *Incidente en la estación de Kochetovka*, trad. Enrique Fernández Vernet, Barcelona, Tusquets, 2011.
- Memorias (Coces al agujón)*, trad. V. Lamsdorff, Barcelona, Editorial Argos, 1977.
- Pabellón de cáncer*, trad. Julia Pericacho, Barcelona, Tusquets, 1993.
- Un día en la vida de Iván Denisovich*, trad. Enrique Fernández Vernet, Barcelona, Tusquets, 2008.

El hombre vive entre la esperanza y la impaciencia.

ALEXANDR SOLZHENITSYN

Archipiélago Gulag

Queriendo justificar actos considerados hasta entonces como reprochables, cambiaron el sentido ordinario de las palabras.

TUCÍDIDES

Historia de la guerra del Peloponeso

A los que habitaban en tierra de sombra de muerte,
la luz ha resplandecido sobre ellos.

ISAÍAS

Prólogo del autor

El punto de partida de esta obra es mi texto de 1980, publicado en la colección «Écrivains de toujours» de Éditions du Seuil. Ese libro era mi segunda obra sobre Solzhenitsyn: en 1974, había publicado *Sur Soljénitsyne* [*Sobre Solzhenitsyn*] en Éditions L'Âge d'Homme, en Lausana, con la que pretendía descifrar las grandes metáforas que estructuran su obra, en particular, *Agosto 1914*. Era incluso mi tercer texto sobre él, si contamos el *Cahier Soljénitsyne* que dirigí —o, mejor dicho, codirigí, junto con Michel Aucouturier— en 1970 para la prestigiosa colección «Cahiers de l'Herne» de Dominique de Roux.

Desde que leí *Un día en la vida de Iván Denísovich*, al final del servicio militar, quedé marcado por este escritor. Formé parte de los traductores de *Pabellón de cáncer*, también de *Agosto 1914* y de la recopilación *Voces bajo los escombros*. Tuve la oportunidad de conocerlo, en cuanto llegó a Occidente, cuando reunió a sus traductores europeos en París, en Éditions du Seuil, y después participé en el programa de *Apostrophes*, la primera vez que Bernard Pivot lo invitó, en 1975. Naturalmente, la catedral de palabras de este gigante casi bíblico no tuvo en mí el mismo efecto impactante y liberador que en los lectores encerrados en el espacio soviético, que lo leyeron en tan sólo una o dos noches, el tiempo que les otorgaron, o que lo escucharon en Radio Liberty, a pesar de las interferencias que el poder introdujo en las

emisiones precisamente para que las palabras libres y alegres, liberadoras y purificadoras del escritor no llegaran a sus destinatarios. Serguéi Averintsev, el bizantinólogo y amigo, muerto prematuramente en 2004, escribió: «Con la inolvidable aparición del nº 11 de *Novy Mir*, la vida de nuestras nuevas generaciones, reducidas a un eterno aburrimiento, recibía por primera vez una descarga de energía: ¡Despierta! ¡Mira esto! ¡La Historia no ha terminado! De regreso a casa desde la biblioteca, en cada quiosco veía cómo mis compatriotas pedían una y otra vez esta revista que ya estaba agotada. Nunca olvidaré a uno de esos hombres, de aspecto tosco, desaliñado, que ni siquiera sabía el nombre de la revista pero que pedía a la vendedora: “Ya sabe, esa donde está escrita toda la verdad”. Ya no se trataba de la historia de la literatura, ¡era la historia del país!».

Incluso aquellos que, posteriormente, no se reconocieron en la escritura de Solzhenitsyn, bien por demasiado conservadora, bien por artificialmente innovadora para su gusto, no sólo siguieron admirándolo, sino que conservaron en su interior el eco, la alegre voz de alarma de esta prosa combativa y purificadora. Quedarían marcados para siempre por el escritor profeta, aquel que leyeron a escondidas o escucharon con la oreja pegada al transistor, aquel que derribó los muros de la Jericó soviética.

Raisa Orlova, Lev Kópelev, Elie Wiesel, Michel Heller, Vladimir Volkoff y muchos otros lectores y amigos prestigiosos me hicieron el honor de leer y proponer de forma concisa, muy detallada, algunas correcciones y aportaciones. Las tuve parcialmente en cuenta, al igual que, por supuesto, las cartas que recibí del propio maestro (incluida una muy extensa de su primera esposa Natalia Alexéievna Reshetóvskaya). En cuanto a Raisa Orlova, me escribió: «Ante todo quiero decirle que leyendo su libro he recordado con intensidad —podría incluso decirse que ha vuelto a mí bruscamente— esa sensación de catarata que sen-

tí la primera vez que leí el relato *El zek S-854*; era un texto mecanografiado que él nos envió, muy compacto y con interlineado sencillo. Transformó mi vida. Y esta sensación se repitió cuando leí los relatos y las novelas posteriores. Que con un libro de crítica literaria usted haya conseguido resucitar esto es un logro excepcional. Mención aparte merece el capítulo sobre la lengua; lo que ha hecho en él, alguien para quien el ruso no es su lengua materna, es todavía más sorprendente». Pero Raisa Orlova también tenía algunas críticas que hacerme, en particular, le parecía que yo no detectaba las astucias de Solzhenitsyn (la ruptura entre Solzhenitsyn, por un lado, y Raisa Orlova y su marido Lev Kópelev, por el otro, ya se estaba consumando). La extensa carta que me envió Vladimir Volkoff también era muy interesante. Tuvo la bondad de confesarme que, con esta lectura, había aprendido muchas cosas. Corregía algunos detalles sobre esgrima, caballería y teología, sus tres «debilidades». Tenía sus reservas sobre mi admiración por Herzen y Michelet. Este mosquetero habría preferido que Solzhenitsyn hubiera llevado todavía más lejos su ataque al marxismo. «Me gustaría suprimir la palabra *clase* del vocabulario contemporáneo», escribía allí donde yo hablaba de «odio de clase». La reacción de Michel Heller, mi primer lector, fue muy generosa, muy alentadora. Pero subrayaba hasta qué punto nuestras visiones divergían: yo quería hacer de Solzhenitsyn un espíritu europeo, mientras que él lo veía esencialmente como un *homo sovieticus* furioso. Yo presentaba a un hombre que, con algunas variaciones, había sido toda su vida de una pieza; él, veía diversas mutaciones, varias «pieles» de las que la serpiente Solzhenitsyn se había desembarazado (aunque lo decía desde su gran admiración por el escritor). Finalmente, también estaba la carta airada de Natalia Reshetóvskaya, su primera esposa, ofendida por el relato de su vida con su marido, su divorcio, su larga y dramática separación. Releyendo esta

carta, cuyas afirmaciones, en un principio, me parecieron exclusivamente fruto de la parcialidad de una esposa despechada, comprendí mejor el drama que supusieron aquellos dos años en los que los esposos siguieron viviendo bajo el mismo techo, aunque la pareja Alexandr Solzhenitsyn-Natalia Svetlova ya existía. La prolongada vacilación de Alexandr Isáyevich antes de romper su relación resultó sin duda dolorosa para todos ellos.

Más adelante volveré sobre la extensa carta que el escritor me dirigió y cuyo contenido principal se encuentra en la página que me dedicó en sus *Bocetos del exilio*. Esta carta, junto con otra veintena, mis encuentros con el escritor, entre los cuales la visita de tres días en su casa de Cavendish, por invitación suya, durante una de mis estancias en la Universidad de Harvard (tres horas de carretera), me ayudaron a hacerme una idea tanto del hombre como del escritor. Por otra parte, el hombre aparece tan nítidamente en su obra que se tiene la sensación de estar ante una escritura «existencial», como la de Alexandr Herzen. Pero no es mi intención escribir unas memorias o un retrato personal del escritor Solzhenitsyn.

Entre otros documentos inéditos que me ayudaron a concretar mi perspectiva está la correspondencia entre el escritor y sus dos principales traductores al francés, José y Geneviève Johannet. A lo largo de su labor de traducción de *La rueda roja* (yo mismo participé en la traducción de *Agosto 1914* con un inmenso placer, aunque pronto me di cuenta de que ser traductor de Solzhenitsyn era un sacerdocio para toda la vida que exigía renunciar a cualquier otra actividad), los Johannet enviaron al autor largas listas de preguntas y sugerencias de correcciones, dejando espacios en blanco para que el escritor les contestara; el resultado es un documento voluminoso que, en el detalle de las correcciones, las reacciones, las confesiones y los rechazos, aporta valiosas pistas sobre el carácter del hombre, la trama de su

texto, la vivacidad natural de sus reacciones. Este intercambio finalizó el día en que Geneviève y José Johannet propusieron al escritor algunos cambios de fondo: creían que el autor de *La rueda* había maltratado a algún que otro personaje histórico y querían corregir el veredicto del juez, por así decir. Aquel que había contestado sin rechistar a cientos de consideraciones microscópicas se cerró en banda en cuanto se le propuso alguna corrección de fondo. El malentendido era evidente: los fieles traductores pensaban que tenían ante sí la gran literatura rusa viviente (y, por lo tanto, una especie de segundo Tolstói), pero por amor a esta literatura habían intentado corregir determinada ceguera o límite en los juicios del maestro. Chocaban contra un *non possumus*.

El otro documento que vi, pero no leí, es el Diario de la novela. A pesar de la promesa del autor, todavía está en los archivos de Troitse-Lykovo, y Natalia Solzhenitsyn dice que no puede entregarlo sin un gran aparato crítico.¹ Liudmila Saraskina, que tuvo acceso al diario, cita algunos pasajes. Su biografía de Solzhenitsyn, publicada en Rusia en 2008,² en la colección «Vidas de hombres ilustres», es por otra parte una de las obras que me han ayudado a precisar la biografía del escritor. Saraskina aporta multitud de detalles nuevos y, aunque su libro sea algo desequilibrado, los dos tercios que tratan sobre la época anterior al exilio son imprescindibles en lo que a determinados aspectos de la biografía se refiere. Es cierto que a veces peca de excesivo afán de defender al escritor de sus detractores (¿realmente él lo necesita?), pero el núcleo del libro —los años cruciales del drama familiar y su desafío público a las autoridades (1969 y 1970)— constituye una especie de crónica «shakespeariana» en la que los

1. En octubre de 2018, Éditions Fayard publicó en Francia *Le Journal de La Roue rouge*.

2. En 2010, en Éditions Fayard.

protagonistas están bien caracterizados. Puesto que ella tuvo acceso a los archivos del escritor, a los diarios íntimos —a los de él y a los de su esposa—, he tomado prestados algunos datos (que refiero).

Finalmente, entre las obras recientes sobre Solzhenitsyn, merecen mención aparte los *Diarios (1973-1983)* del padre Alexandr Schmemann. El encuentro entre el sacerdote ortodoxo, teólogo de renombre, y la familia Solzhenitsyn tuvo lugar en cuanto esta llegó a Suiza. La relación prosiguió en América: Schmemann enseñaba en el seminario de San Vladímir en Nueva York y los Solzhenitsyn vivían en Vermont. A veces, las dos familias se encontraban en Canadá, en una casa que los Schmemann alquilaban en verano. Sus juicios sobre el escritor son numerosos, precisos y evolucionan a lo largo de su relación, modificándose poco a poco, inexorablemente incluso, ya que una sombra de incompreensión fue interponiéndose entre ambos hombres. En mayo de 1979, Schmemann escribe: «La impresión general del Maestro es que, por decirlo de algún modo, ha “aguantado el golpe”, al menos en esta etapa de su vida; sabe lo que quiere escribir y lo que quiere hacer, es el “dueño” absoluto de sus temas, etc. De ahí procede su indiferencia por otros puntos de vista, su falta de interés, de curiosidad». El padre Schmemann admira esta tenacidad, pero, sin decirlo públicamente, alberga serias dudas: «La cuestión es quién vencerá. ¿Vencerá a su propia tesis (como le ocurrió a Tolstói en *Guerra y paz*) o será su tesis la que se impondrá?». Hay que leer estas observaciones en el contexto del libro; revelan cierta incomodidad, ciertas dudas sobre el escritor, a quien Schmemann considera víctima de su propia intolerancia.

Muchos otros testigos tomaron la palabra, pero, a menudo, lo hicieron para llamar la atención, para fagocitar la imagen de Solzhenitsyn, en lugar de para comprenderlo mejor. En efecto, para aquel que no haya recorrido la inmensidad de su obra y que úni-

camente se fije en la actitud social del escritor, en su rechazo a cualquier contacto que no haya decidido él mismo, porque defiende con uñas y dientes su tiempo de vida, que es su tiempo de escritura, este sólo puede ver en él a un hombre arisco. Entre la saña y la hagiografía, las biografías de Solzhenitsyn no están equilibradas hasta ahora. Tan sólo las primeras, como la de Olivier Clément o la de Pierre Daix, eran y siguen siendo luminosas. Comprender a Solzhenitsyn es empezar a leerlo y acompañarlo en su titánica labor. Cualquier otra forma de acercarse a él está condenada a pecar de mezquindad, ya que lo urgente para Solzhenitsyn estaba tanto en la escritura como en la lucha política, tanto en abrir los pulmones de la lengua rusa como en «enderezar» el alma.

Añadiré que mantuve largas conversaciones sobre Solzhenitsyn con algunos de mis amigos de la emigración rusa, ya fuese con Andréi Siniavski o con Efim Etkind. Este último había sido amigo del escritor, lo había ayudado en sus investigaciones para *La rueda roja*, pero su desacuerdo surgió en cuanto Solzhenitsyn llegó a Occidente y culminó con la publicación de un artículo de Etkind en *Le Monde*, cruelmente titulado «El ayatolá Solzhenitsyn». Tanto Siniavski como Etkind decían admirar al autor de *Archipiélago*, pero lo trataron con cierto desprecio en cuanto se apartó del camino que Lukács bautizó, refiriéndose a *Un día en la vida de Iván Denisovich*, como «el realismo plebeyo». En definitiva, lo aceptaban en el marco de un «realismo socialista» revisado, aunque lo rechazaron en cuanto apareció su naturaleza, mucho más rica, en la que se mezclaban el cristiano comprometido y el innovador estilístico. Ambos cogían el bolígrafo rojo y llenaban sus libros de correcciones, como hace un profesor con un mal alumno. Tuvimos muchas discusiones sobre ello, decidieron que yo era «incurable» y acabamos evitando sistemáticamente este tema.

Ya he mencionado la carta que recibí de Raisa Orlova, su admiración por el efecto «catarata» que le produjo la publicación de *Un día en la vida de Iván Denísovich*. Es evidente que, para nosotros, lectores del exterior, el efecto pudo ser grande, inmenso incluso, pero jamás podría provocar la misma sensación de despertar al mundo, de resplandor sonoro de trompetas del *Réquiem* de Verdi que tuvo para los jóvenes lectores soviéticos que tomaban prestadas las obras de Solzhenitsyn por un par de noches. De todos modos, el efecto fue poderoso, y puedo decir humildemente que tras el efecto Pasternak, que me produjo conocerlo a él y leer *El doctor Zhivago*, el efecto Solzhenitsyn, que tomó el relevo, duró más tiempo, hasta hoy. En cierto sentido, Solzhenitsyn tomaba el relevo de Pasternak. «Un día, Larisa Fiódorovna salió de su casa para no volver jamás. Acaso fue detenida en la calle. Murió o desapareció quién sabe dónde, un número más en la lista anónima y perdida en uno de los innumerables campos de concentración, femeninos o comunes, del norte»: son las últimas palabras de la novela de Pasternak, antes del epílogo. El campo, la vida en presidio no se muestran, el doctor Zhivago se detiene a sus puertas. En la persona de Solzhenitsyn, la literatura rusa parece proseguir desde ese preciso lugar, cuando aparece el preso S-854 y seguimos un día entero de su existencia cotidiana viviendo y sobreviviendo en el campo. Larisa y Yuri habían querido huir hacia más libertad y belleza, hacia el «aire fresco, sustrayéndose a esa cadena de sufrimientos que los oprimía». Iván Denísovich tiene el mismo impulso, pero a escala muy menor, sin una ambición estética ni un fondo filosófico, para salvar su alma de las zarzas... Sí, un escritor pasaba el relevo al otro, pero el mundo, Rusia y la escala de lo real habían cambiado.

Mi amigo, escritor e historiador de la Antigüedad, Shimon Markish tradujo al ruso mi libro de 1980; yo colaboré con él y

la traducción resultante fue, como suele decirse, «autorizada». Gran parte de su éxito se debió al esplendor del estilo de la pluma de Shimon Markish, desgraciadamente desaparecido en 2003. Se publicó por primera vez en Londres, a cargo de la editorial M. P. I. Llegó a la Unión Soviética clandestinamente, como tantos otros libros en «samizdat». En aquel entonces no podía imaginar que se publicaría en Rusia. Con la caída del comunismo, que precisamente tanto debía a Solzhenitsyn y a su voz de alarma, mi texto traducido por Markish se publicó en la revista *Druzhba Narodov*, por entonces con una tirada de 800 000 ejemplares; era aquella época extraordinaria en la que el lector soviético, liberado de la censura, satisfacía la sed de lectura acumulada durante siete décadas. Así, para esta edición rusa de mi libro, conté con un público lector inmenso, algo absolutamente inusitado para un universitario. Un año más tarde, en 1992, el texto apareció en forma de libro publicado por la editorial Khudožestvennaia Literatura. Como me escribió Solzhenitsyn, la crítica literaria se publicaba antes que el autor sobre el cual esta versaba. Resultaba paradójico, pero es una de las razones por las que mi libro se leyó tanto.

Desde entonces, he seguido descubriendo con pasión, uno tras otro, los nudos de *La rueda roja* que iban apareciendo en ruso en las ediciones ortodoxas de París, YMCA-Press. Y no he dejado de publicar artículos sobre el escritor Solzhenitsyn. La traducción francesa de esta obra gigantesca ya está terminada. Por el contrario, en otras lenguas, el retraso es considerable.

Así pues, partía de mi libro de 1980, lo retoqué, lo completé. El maestro me envió una extensa carta cuando pudo leerlo traducido al ruso. Era muy elogiosa (elogios que repitió en los *Bocetos del exilio*), pero también había dos páginas llenas de propuestas de correcciones. Las tuve en cuenta todas, o casi todas, porque las que estaban relacionadas con su biografía coincidían

con las de otras personas que me habían escrito y lo habían conocido en su época soviética. Solzhenitsyn también especificaba que parte de las lecturas que yo le atribuía no habían sido influencias directas, sino de segunda mano. Por ejemplo, escribía: «No, elaboré mis ideas sin conocer a Leontiev. No leí ni una sola línea de Pobedonóstsev. Algunas ideas afloran con tal fuerza que no es necesario copiarlas. En general, mi vida fue muy pobre en libros: a partir de 1941 —la guerra, el presidio, los campos, la enfermedad—, los años de destierro y los años en Riazán, ocupados con la enseñanza de Matemáticas y Física, y con la corrección de miles de cuadernos, y, al margen de esto, escribir ininterrumpidamente, partiendo de mi experiencia, y la preparación de *1917*, con una “conspiración” agotadora a cada instante. ¿Cuándo habría encontrado tiempo para sumergirme, ya en el siglo XIX ruso, ya en la literatura occidental contemporánea? Tuve que descubrirlo todo por mí mismo. Nunca he tenido en mis manos a los eslavófilos, ni a Mélnikov-Pecherski. No hay herencias en ninguna parte, sólo coincidencias». Michel Heller también creía que yo europeizaba demasiado a Solzhenitsyn.

No opino lo mismo, y he conservado este aspecto del libro. Solzhenitsyn había estudiado Literatura en el Instituto de Filosofía, Literatura e Historia de Moscú, MIFLI, por correspondencia. Creo que, en su caso, hay una especie de rechazo a las influencias, un desafío de zek, de *self-made man*, de luchador. Pero bien que cita a La Boétie, por ejemplo, en *El primer círculo*, o a Aristóteles y a Platón, entre otros.

De todas formas, este libro es otro, es un nuevo libro, ya que, mientras tanto, la obra había doblado su volumen. Debía repensar la catedral de *La rueda roja*, integrar su trabajo de publicista desde finales de los años 1970, las diversas publicaciones posteriores a *La rueda*, «relatos en dos partes», nuevos relatos de

guerra o primeras publicaciones de obras de juventud anteriores a *Un día* y, además, la gran obra historiosófica sobre las relaciones entre judíos y rusos a lo largo de los últimos dos siglos, así como la polémica que provocó. También había que repensar la imagen del escritor, que se modificó considerablemente después de su primera aparición, brincando y alegre, en el programa de Bernard Pivot. Las cuatro emisiones que Pivot le dedicó, y que acaban de salir en DVD, forman una especie de retrato en movimiento de casi un cuarto de siglo. El profeta seguía estando ahí, en el mito, en el recuerdo, en los escritos, pero había aparecido otro personaje, más prescriptivo, más ascético, enemigo del poder en los años 1990 después de su regreso en 1994 a Rusia, amigo del poder tras la vuelta a la estabilidad de los años de Putin. El exdisidente recibió el Premio Estatal de la Federación de Rusia en el Kremlin (en realidad, Solzhenitsyn estaba recluido en su habitación a causa de la enfermedad y fue su esposa quien asistió a la ceremonia). No todo está publicado todavía; no tenemos la correspondencia en toda su extensión, ni todos los ensayos de juventud. Pero lo esencial está ahí y permite intentar una síntesis. Además, tanto en inglés como en francés, y ahora en ruso, hay una extensa literatura sobre el escritor, que intenta ir más allá de la biografía; aunque todavía no hay trabajos que engloben toda su obra.

Mi trabajo, pues, es distinto del de 1980, pero la línea general no ha cambiado: abarca al hombre y a la obra, al profeta y al moralista, al escritor soviético y al escritor innovador. En mi opinión, una extraordinaria continuidad marca el largo camino de Solzhenitsyn, al margen de los cambios estilísticos y de su paso de un enfoque profético a un enfoque de historiador. Intento tratar con el mismo criterio y el mismo proceso las dos catedrales que son *Archipiélago Gulag*, obra del condenado-profeta bíblico, y *La rueda roja*, del investigador-historiador. Una misma

energía construye estas catedrales, pero se diferencian profundamente en su culminación. Espero haber hecho justicia tanto al escritor como al profeta. Me ha guiado la admiración respetuosa, pero esta no me ha condicionado. El escritor me ha acompañado a lo largo de toda mi vida de rusófilo y de ensayista, también de adulto. Al igual que ha acompañado a muchas vidas en Rusia y fuera de ella. Hemos vivido la «época Solzhenitsyn». Ahora que su trayectoria vital ha terminado, empieza el camino de la posteridad. Espero contribuir a ello.

Ésery, 30 de octubre de 2008 y 2018
para esta nueva edición